

Editorial

El gran problema de la importante población de pequeños productores de América Latina, al margen de la precariedad de sus recursos y su bajo nivel tecnológico, es cómo desarrollar su capacidad de competencia, cómo enfrentar las condiciones tan habituales de alto riesgo ambiental (heladas, sequías, daños de insectos, enfermedades, entre otros) y económicos, tales como las tan comunes variaciones de precios en el mercado debido al exceso de producción, así como por la importación de productos subsidiados. Bajo estas condiciones, la pobreza que afecta a nuestras zonas rurales, a las que no escapan importantes zonas de producción de papas, se convierte en una condena a perpetuidad.

Para lograr un desarrollo que permita que los pequeños agricultores puedan desprenderse de sus continuas frustraciones, el camino más viable es dirigir acciones y esfuerzos para que la agricultura sea una actividad económica, siempre rentable. Queda así planteado un gran reto de nuestra época: ¿Cómo mejorar la capacidad del pequeño productor de competir más favorablemente en el mercado?... La respuesta lleva a pensar no sólo en los factores ligados directamente a la producción, sino también el manejo adecuado de todos aquellos que intervienen en el proceso productivo y de los que, en gran medida, puede depender la seguridad de obtener mejores cosechas, más rentables, proporcionando ingresos que permitan progresivamente mejorar sus niveles de vida.

Es relevante recordar que dentro del conjunto productivo del agro, el agricultor es el personaje más importante. Consecuentemente, toda acción que conduzca a mejorar su educación, sus conocimientos tecnológicos, destrezas, educación cívica y empresarial, harán de él un elemento de avanzada, capaz de aportar su experiencia y liderazgo para beneficio y ventaja de sus propias actividades, o como un efectivo integrante de su comunidad, gremio o asociación.

El poco éxito o el fracaso de muchas cadenas productivas, o de asociaciones de pequeños agricultores, es atribuible en muchos casos al bajo nivel de preparación de sus miembros. La conformación de organizaciones con agricultores bien capacitados ha sido históricamente, y creemos seguirá siendo, la base para lograr ventajas de todo orden que les permite mejorar la producción, disminuir costos, concertar adecuadamente con entidades financieras y mantener relaciones con comerciantes e industriales logrando mejores precios para sus productos.

La baja productividad y mala calidad de los productos, determina castigos, rechazos y una pobre retribución económica. Por el contrario, la alta productividad y buena calidad de los productos, permite compensar los bajos precios en el mercado. De ahí entonces la necesidad de dar prioridad a todas las acciones orientadas a conseguir la máxima eficiencia en el manejo y uso de los recursos de la producción, tales como: manejo del

suelo, manejo del agua, semillas de alta calidad y demás insumos productivos.

Quienes trabajamos por el progreso del sector agrícola debemos dar especial atención a diversos aspectos. Debemos fortalecer la investigación, especialmente la producción de nuevas variedades con resistencia a plagas y enfermedades, a fin de reducir el uso intensivo de productos químicos, y por ende, disminuir los costos de producción y la contaminación. Así también debemos reforzar los mecanismos de difusión tecnológica para lograr llegar a la creciente población campesina. Para esto, los grandes avances de las técnicas comunicacionales en los últimos años, permiten efectivizar significativamente ese importantísimo proceso. Dentro de este contexto, establecer redes nacionales de información para ser utilizadas en la continua capacitación de los agentes de desarrollo que trabajan en las comunidades de pequeños agricultores, así como para los agricultores líderes comunitarios, aparecen como formas efectivas de intervención, absolutamente alcanzables y que deben, por consiguiente, recibir especial consideración y apoyo.

Es también de suma importancia dar énfasis a aquellos aspectos que inciden más directamente en mejorar la competitividad del sector, tales como el manejo de las infraestructuras de acopio, en el desarrollo de métodos más eficientes para almacenamiento y centros de transformación que aumenten el valor agregado de los productos primarios.

En nuestra Revista ALAR estamos dando especial énfasis a la publicación de artículos orientadores en estos temas más inmediatos, donde la investigación en papa pueda contribuir más decisivamente al progreso del sector, en el desarrollo de buenas prácticas de cultivo, en su difusión y utilización masiva por nuestros productores para que se traduzcan en una mayor productividad, mejor calidad y en una operación más rentable, para beneficio de todos los que participan y dependen de la cadena productiva de este gran fruto de nuestra tierra latinoamericana.

Patricio Malagamba
Comité Editorial
Diciembre 2002